

(01009)

Susana quiere saber

—Buenos días, Manolo. ¿Qué, cómo va la cosa?

—Hola, Faustino. Pues como siempre: mal. Ya sabes que soy un pesimista irredento e incombustible.

El viejo profesor solía acudir al “*Bar Manolo*”, situado a dos manzanas del Instituto, los días que acababa las clases antes del horario habitual. Su propietario era también un viejo maestro que sólo se dedicó a la enseñanza un par de años. Pronto comprobó que aquella profesión no era lo suyo, que los chavesas le ponían de los nervios y prefirió dedicarse entonces a sus dos grandes pasiones: hablar con la gente (para eso montó el bar) y la lectura (para eso se fue agenciando una biblioteca más vasta que la Municipal).

Sin embargo, aunque la vida le había sonreído en sus gustos preferidos, el destino le había hecho varias jugarretas o, más bien, putadas: dos accidentes de coche de los que salió vivo milagrosamente y dos matrimonios de los que escapó como una liebre en cuanto se dio cuenta que peligraban seriamente sus grandes aficiones. El poso de todo aquello era un pesimismo existencial galopante sabiamente disfrazado con una coraza de humor.

—No te quejes que seguro que el ascenso del Mospintoles te ha hecho vender más alcohol que en toda tu vida...

—No me puedo quejar pero a estas alturas de la película si no me quejo ya no soy nadie. ¿Qué quieres hoy?

—Ponme un pincho de tortilla con mucha tortilla y poco pincho. Ah, y una cervecilla sin alcohol bien fresquita.

—Fresquita no, amigo, te la voy a poner frescachona...

El bar estaba en esos momentos sin más parroquianos que don Faustino. No tardaría en llegar la gente amante del aperitivo, pero en aquel preciso instante sólo estaban los dos profes. O eso parecía...

—Hola, don Faustino...

—¡Susana!

—¿Sorprendido? Tengo una sed de muerte y vi cómo entraba en casa de Manolo, así que he decidido hacerle compañía, querido profe.

—Uf, lo de profe queda ya tan lejos... Debió de ser por la *Guerra de Cuba*...

—No me eche tantos años encima... Sólo soy una periodista recién salida de la Facultad que está empezando a hacer sus pinitos en la radio. Y que ahora aquellos años en que me dabas clase, cuando todo era más sencillo y más amable.

—Otra como Manolo... Pero si acabas de salir del cascarón y ya estás trabajando... Supongo que ganarás poco y trabajarás mucho pero eso pasa siempre cuando uno empieza. ¡Si ya eres famosa!

—¡Hombre, Susana! ¿Qué haces por aquí? —el gran Manolo regresaba con un

soberbio trozo de tortilla y un botellín de cerveza.

—Casualmente he visto al mejor profesor que he tenido en mi vida y he entrado a saludarlo.

—¿Qué las das, macho? —guiñó pícaramente un ojo.

—Nostalgia, Manolo. Sólo nostalgia de unos tiempos juveniles que ya no volverán.

—Si yo pudiera regresar a los doce años, Faustino, anda que no iba a cambiar cosas... Para empezar, mi pésima educación sexual...

—Pues tan mala como la que hoy día tienen los chavales. Úsala en lo que puedas, carcamal, antes de que ya no te sirva para nada.

—¡Carcamal... anda que quien fue a hablar!

—Haya paz, señores —terció Susana—. Ponme una cerveza pero con alcohol y anda, Manolo, déjame a solas con don Faustino que quiero aprovechar este momento inesperado para pedirle consejo sobre un asunto profesional que me traigo entre manos.

—Pues si es sobre el Rayo de Mospintoles, malo. Corren rumores de que el Atlético de Madrid está detrás de Piquito. Y como se lo lleve nos va a hacer la puñeta...

Don Faustino ya se había encaminado a una mesa situada al final del bar. Tenía la intuición que aquel encuentro con Susana Crespo no había sido nada casual. Quizás estaba demasiado presionada en su primer trabajo y quería pedirle consejo. Siempre había sido una chica muy decidida. Vio que Susana se acercaba ya a la mesa, cerveza y plato de aceitunas en bandolera, y esperó acontecimientos.

—Verá, don Faustino. Conoce a Piquito, ¿verdad?

—Tengo la suerte de haber dado clase a algunos de los jóvenes que empiezan a partir el bacalao en esta ciudad. Como tú, o como ese chico, incapaz de aprenderse la lista de los pronombres demostrativos pero un genio pegándole zambombazos a un balón.

—Sabe que hoy en día lo primero no sirve de nada y lo segundo te puede hacer millonario, famoso y hasta héroe...

—Sí. Lo malo es que a los Aquiles modernos no sólo les ponen una pelota en los pies sino un micrófono en la boca y entonces el contraste es tan fuerte...

—Pues de eso quería hablar con usted. Ni en los momentos de mayor fantasía pensé que un día llegaría a ser periodista deportivo.

—Soy muy crítico con el papel del deporte en el mundo actual. No hablo de la práctica del ejercicio físico por parte del personal de a pie si no del tinglado montado en torno a los profesionales que entretienen a ese mismo personal.

—Le entiendo pero no hay alternativa. Más volvamos a Piquito. Quizás el hecho de que haya estudiado en el mismo Instituto que yo me lleve a tener un gran interés y simpatía por él. Ya no es una promesa, forjada en las categorías inferiores del Rayo. Hay rumores de que le ha echado el ojo un equipo grande de Madrid y el chico tiene un gran porvenir. Quiero seguirle de cerca, ahondar en su historia, en su personalidad...

—Quieres ser la primera periodista en saber todo acerca de Piquito. No es mala

inversión profesional acercarse a un futuro genio nacional de la pelotita.
—Verá... Hay una especie de coraza protectora en torno al chico... Cuesta mucho trabajo entrar en su mundo, familiar o profesional. Quizás soy demasiado pretenciosa queriendo llegar tan rápido a descubrir al personaje por dentro y por fuera, yo, que soy una recién llegada a esto del periodismo, pero es un filón que está ahí, al alcance de mis dedos y voy a procurar no desaprovecharlo.

—Ambiciosa, ¿eh?

—En el periodismo hay que serlo o eres hombre muerto. No digamos si llevas pantalones de mujer.

Al viejo profesor se le encendió la lucecita. Susana había estado al quite ese día para buscar la oportunidad de hablar con él sobre Piquito: su etapa escolar, sus costumbres, su personalidad como adolescente... Asuntos privados que, amparándose en una amistad de ex alumna, quería obtener para ir haciendo carrera y méritos profesionales. Sólo había un problema: lo que él podía contar podría emborronar la creciente fama del chaval. Unos estudios secundarios no acabados; una escasa inteligencia; un control emocional bastante deficiente y, por si fuera poco, durante un par de años tonteó con el alcohol. Sólo su genialidad con una pelota a los pies le había salvado de un futuro bastante incierto. Era uno de los milagros que el deporte ofrecía de vez en cuando.

—Siento no poder ayudarte, Susana. Sólo recuerdo de Piquito que no era un buen estudiante, pero he dado clase a chavales poco diestros en las tareas intelectuales y luego han sabido ganarse la vida estupendamente. Algunos han llegado a ser promotores de viviendas, autónomos, pequeños profesionales, currantes de todo pelaje y hasta creo recordar que hay uno por ahí que anda de concejal en un pueblo cercano. Muchos se ganan la vida bastante mejor que yo. Y me alegra tanto como me entristece el saber que otros más capacitados y mejor preparados se han perdido por el camino, unos por falta de oportunidades, otros por insensatas equivocaciones y los menos por auténtica mala suerte.

—¿Cómo era en el Instituto? —interrumpió Susana, sin dar su brazo a torcer.

—No comment.

—Secreto profesional, ¿no?

—Soy una persona bastante caritativa, Susana. Dejémoslo ahí.

—Mis compañeros de la radio están en contra de que informe sobre ese otro Piquito que usted conoce y que alguna ingenua empieza a intuir. Ellos me lo quieren imponer por las bravas y mi viejo profesor lo quiere hacer por caridad cristiana. Todavía no es una gran figura y ya infunde un gran respeto...

—Precisamente por eso, porque todavía no ha llegado a lo máximo es por lo que no tenemos derecho a ensombrecer su porvenir, aunque en esto del fútbol abundan los héroes con un pasado detrás bastante poco edificante. Incluso este hecho les ayuda a enaltecer su currículum...

—Está bien. Siento que no entienda mi propósito. No pretendo poner piedras en la carrera de Piquito, al que idolatro como futbolista. Simplemente deseo

conocer su biografía a fondo y ayudar a que sus admiradores aprendan con sus claroscuros. Buscaré en otros lugares y con otras gentes, querido profesor...

—¡Susana! —en esto se oyó la voz del Manolo, ya entretenido con la nueva clientela—. ¡Que dice aquí, el amigo Pepote, que lo de Piquito ya está hecho con el Atlético, que se lo ha contado un primo de su cuñado, que trabaja de recogepelotas en el club colchonero!

—Sácanos de dudas esta noche en tu programa... —dijo don Faustino a Susana, mientras miraba de reojo a Manolo.

Susana echó un último trago, se levantó con cierto orgullo y dirigió una sonrisa a don Faustino.

—Hasta la vista, profe. No me rindo tan fácilmente, así que cualquier día volveré a insistir...

Dio la espalda y encaminó sus pasos hacia el mostrador. Sus caderas se movían con una cadencia tan excitante que hasta el viejo profesor volvió a alegrar la vista. “Señor, señor, lo bien que ha crecido aquella chiquilla y lo mal que lo ha hecho su maestro”.

—¡Faustino! —se oyó de nuevo la voz de Manolo— ¡Susana te ha pagado la consumición! Pero, ¿qué las das, macho, qué las das?